

GABRIELA CERRUTI

EL

"El mejor retrato del menemismo, el más profundo y descarnado: la década que cambió para siempre las reglas de juego de la democracia en la Argentina".

María O'Donnell

JEFE

Vida y obra de
Carlos Saúl Menem



GABRIELA CERRUTI

EL JEFE

*Vida y obra de
Carlos Saúl Menem*

 Planeta

UNO

Las dos mujeres mas importantes de la vida de Carlos Menem se sentaron debajo del naranjo, el único rincón con sombra del patio que ardía bajo el sol del mediodía. Durante unos segundos miraron el piso, en silencio. Mohibe habló primero.

—¿Vos seguís enamorada de él?

—El se casó.

—Estás muy triste...

—Es el momento más triste de mi vida... Señora: yo solo quise a dos hombres en mi vida. A mi padre y a su hijo.

Mohibe Menehem inclinó hacia adelante su cuerpo moreno, dorado por ancestrales soles y curtido por el viento de la precordillera. Dicen en el pueblo que era bella, muy bella, con hablar cansino y mirada sensual. Pero cuentan sobre todo de sus manos: largas y finas, que se movían como investigando el aire y llegaban siempre un segundo antes que el gesto. Mohibe apoyó sus manos sobre la mejilla de Ana María Luján, acariciándola apenas.

—Sufrís mucho, madrecita... Yo te pido perdón. Seguramente me equivoqué, pero no podía hacer otra cosa. Pero te pido perdón, porque vos sufrís.

—No importa, señora... Ojalá nunca tenga que pedirle perdón a su hijo.

Ana María Luján y Mohibe Menehem hablaron por única vez aquella tarde de verano de principios de los años setenta. Mohibe nunca le pidió perdón a su hijo, Carlos Menem. Pero se arrepintió más de una vez de haberlo obligado a que dejara a Ana María, el único amor de su vida, y a que se casara contra su voluntad con Zulema Yoma.

Hace treinta años que Carlos Menem envía un ramo de rosas todos los domingos, quizá emulando esa costumbre de Mohibe, quien durante treinta años, cada noche, dejó una flor en la almohada de su hijo preferido. Ana María nunca se separó de él. Cuando Carlos Menem fue gobernador de La Rioja, Ana María fue su secretaria de Cultura. Cuando fue presidente, ella fue su asesora con despacho en la Casa de Gobierno. Siempre, en los momentos de las decisiones fundamentales, él la buscó para consultarla, para dialogar, para descansar. Ella lo esperaba. En 1992, después de veinticinco años del inicio del romance, sexagenaria, divorciada, Ana María estaba convencida de que el único amor de su vida había sido Carlos Menem; y de que el menemismo había nacido en aquellas siestas riojanas de finales de los cincuenta cuando ella —hija de una de las familias más tradicionales entre los conservadores del Noroeste— sumaba su herencia política al recién descubierto peronismo, mientras él cabalgaba por los cerros invocando al espíritu de Facundo Quiroga.

ANA MARÍA, QUIROGA Y MAQUIAVELO

En 1947 Ana María Luján tenía diecisiete años. Vivía en Aimogasta, un puñado de casas que salpicaban la ladera del cerro. Ana María contaba los minutos entre el almuerzo y la siesta, que se le hacían interminables: cuando toda la familia se dormía, ella se escapaba sin hacer ruido, escondiendo un libro entre los faldones del vestido. Tirada debajo de un olivo leía una y otra vez *El amante de Lady Chatterley*, el escandaloso libro de D. H. Lawrence. Los Luján eran una de las familias más ricas y cultas del Noroeste. Sus tres tíos habían sido gobernadores de La Rioja. Su abuelo fue jefe del Regimiento 19 en Tucumán. Su padre era médico, profesor de psicología, de filosofía y de literatura española. Ferviente conservador, fue diputado nacional durante el gobierno de Agustín P. Justo (1932-38). Ana María aprendió la forma y los modos de la política de la Década Infame: desconfiaba del voto popular y estaba convencida de que algunos nacían para gobernar y otros para ser gobernados.

Cuando se hartó finalmente de Lady Chatterley, Ana María se dedicó a emular a Lady Godiva. Insistió hasta lograr que Don Luján le comprara ropas de montar, y padre e hija salieron, como en una escena de la campiña inglesa, a cabalgar por el pueblo que los espiaba azorados detrás de las ventanas. Su madre se preocupaba por los gustos excéntricos que Ana María estaba adquiriendo: se negaba a leer las clásicas andanzas caballerescas del *Amadís de Gaula* y prefería *La educación sentimental* de Gustave Flaubert. Cuando Ana María cumplió veinte años, su madre decidió intervenir: “las mujeres están para casarse”, le advirtió. Y Ana María se casó con el teniente coronel Abel Díaz. Un año después nació Ricardo. Dos años más tarde, Cristina. En Buenos Aires gobernaba Juan Domingo Perón, y Ana María se pasaba la siesta escuchando historias sobre Evita. Comenzó a discutir con sus padres y su esposo sobre política: algunas tardes marchaba sola hacia La Rioja para participar en las reuniones del partido. Su madre se escandalizaba, y su marido decidió prohibírselo. Cuando llegó el golpe en 1955, Ana María preparó sus valijas. Había decidido que se mudaría a La Rioja para trabajar como maestra y militar en el peronismo de la clandestinidad. Fue el fin de su matrimonio. Para evitar las habladurías del pueblo, el teniente coronel se mudó a Valle Hermoso, Córdoba. Pero su madre nunca le perdonó la separación. Durante años, madre e hija no se hablaron y ni siquiera los nietos pudieron doblegar la rigidez provinciana de la abuela.

Eran épocas en que nadie se mostraba públicamente como una mujer separada. Ana María tenía veintiséis años y cruzaba la Plaza 25 de Mayo de La Rioja sin bajar la vista: las vecinas cuchicheaban a su paso y los hombres se daban vuelta a mirarla. Era indudablemente la mujer más bella y distinguida que había vivido en la ciudad en los últimos años. Conservaba el andar ceremonioso y la economía de gestos de las señoras patricias, pero exhibía sus hombros con la prepotencia de las mujeres peronistas que, en los cincuenta, creían que arrebatában la historia. Jamás un exabrupto, ni levantar la voz; hablar siempre como en una letanía. Así le había inculcado su madre. La literatura le había enseñado la osadía y la política la insolencia.

Después de su separación, comenzaron los problemas económicos. Sus padres dejaron de ayudarla y su marido se negaba a hacer una división legal de bienes. Decidió poner todo en manos de un abogado y una tarde de la primavera de 1957 entró al estudio de la calle Pelagio Luna que atendía Carlos Menem.

El mayor de los hermanos Menem, Carlos, había vuelto a La Rioja tres años antes, con el título de abogado que le otorgó la Universidad de Córdoba. Nadie sabrá nunca cuánto aprendió de leyes, pero todos recuerdan todavía su fama de militante nacionalista y las lecciones de historia argentina que solía dar en el bar de la facultad. Era el mejor en los deportes: boxeaba, jugaba al básquet y al fútbol, todo con la misma pasión. Gracias al básquet en Córdoba tuvo el primer acercamiento con el peronismo: su equipo ganó una copa en los campeonatos Evita y el general Juan Perón le entregó el premio. La soberbia figura del presidente lo perturbó lo suficiente como para hacerlo soñar con la política y el poder, pero no tanto como para convencerlo de que abandonara su ferviente nacionalismo conservador e ingresara al peronismo. Buscó una solución que le permitiera estar cerca del avasallador poder del peronismo de los cincuenta pero, a la vez, no pertenecer a un movimiento que le resultaba ajeno y vulgar. Fundó el Centro de Estudios Rosistas: un punto intermedio entre la oposición y el peronismo.

Carlos Menem volvió a La Rioja en marzo de 1955. Le ofrecieron la Fiscalía de Estado, pero la rechazó. El gobierno peronista estaba cayendo, todos hablaban de un posible golpe militar y él no estaba dispuesto a ser identificado con el partido en esas condiciones. Se incorporó al estudio de un viejo amigo, el conservador Germán Cámara Gordillo, y transformó el local en el lugar de encuentro de sus amigos. Tocaban la guitarra en la vereda y durante la siesta ensayaban las serenatas que, por la noche, cantaban bajo los balcones de sus prometidas. Su hermano Munir era la voz privilegiada del grupo mientras que él debía conformarse con tocar el bombo. Por la mañana, una docena de pobres hacía cola, todos prendidos de los manubrios de sus bicicletas: Carlos Menem atendía sus causas gratis. Algunas tardes ensayaban obras de teatro junto a Bernabé Arnaudo y Erman González, y después montaban escenarios en las calles para protagonizarlas.

El romance entre Ana María y Carlos comenzó una tarde de diciembre de 1957. Más de treinta años después, en 1992, cuando era asesora del presidente Carlos Menem, Ana María recordaría esos días: “¿Sabés una cosa? Carlos Menem es lo más hermoso que me pasó en la vida. Era noble, puro, íntegro, romántico, afectivo, querible... Nos escribíamos muchas cartas, a pesar de vivir a muy pocas cuadras uno del otro. Teníamos también larguísimas conversaciones telefónicas. ¿De qué hablábamos?... De lo que hablan todas las parejas”.

El era un joven abogado recién llegado desde Córdoba, buscado por la mayor parte de las madres con hijas en edad de merecer. Ella era una mujer separada, sola con sus dos hijos. Vivieron el romance en la clandestinidad —“como detrás de un cortinado”, relataría ella—. No fue difícil: también las reuniones políticas eran secretas. Pero unos meses después todo el pueblo hablaba de la apasionada pareja que ya no se cuidaba en disimular, se besaba en los paseos públicos y se juraba amor eterno en las calles de La Rioja.

Durante las siestas riojanas, Ana María y Carlos soñaban con el futuro. El quería ser presidente, y a ella su padre le había enseñado sobre el poder. Entre los dos fueron formando un paradigma político que se convertiría con el tiempo en el esqueleto del menemismo. Ana María intuía al peronismo, pero conocía a los conservadores: sus prácticas, sus tiempos, sus fórmulas. Menem era un apasionado lector de historia argentina y un militante del revisionismo histórico. Podía citar a Facundo Quiroga, a Felipe Varela o al “Chacho” Peñaloza, pero no leía libros políticos. Sabía con detalle la vida de los caudillos y se embarcaba en antológicas discusiones acerca de Rosas o Sarmiento. Conocía la suerte de todas las tribus indígenas que habitaron el Noroeste argentino. Ella solía pasarse horas explicando la evolución y la influencia de las familias tradicionales en la política argentina. Leían juntos los libros sobre el tema, y soñaban hasta que llegaba la madrugada.

Menem siempre se pensó a sí mismo como un Facundo moderno. Solía armar alegorías y buscar puntos de coincidencia entre su imagen y la del Caudillo de su provincia; entre el Caudillo y los personajes míticos de los países árabes. ¿Cuántas veces leyó el *Facundo* de Sarmiento? Sus amigos no lo pueden decir con exactitud. Lo cierto es que jamás faltó de ninguna de sus ocasionales bibliotecas un ejemplar de la obra. Una sencilla edición de las usadas por los estudiantes secundarios, como en el departamento de Cochabamba, o un ejemplar con tapas de cuero y grabados dorados, como en la casa de La Rioja. Siempre llevaba encima la edición de Plus Ultra. Todos ajados, subrayados con lápiz, con las esquinas de algunas hojas dobladas para marcar la ubicación de los pasajes que más lo conmovían. Para algunos, Menem quería inventarse a imagen y semejanza de Facundo. Para otros, como Zulema, Menem tenía arranques místicos en los que creía que era la reencarnación del Caudillo. “Salía al patio gritando, y levantaba los brazos pidiendo que

el espíritu de Facundo entrara en su cuerpo”, relató Zulema cuando ya era la esposa del gobernador. Los riojanos recuerdan también que, en las noches de verano, Menem salía a cabalgar por el cerro hasta la madrugada. Cuando volvía, aseguraba que se había encontrado con Quiroga y que el Caudillo lo había ungido como el “nuevo Tigre de los Llanos”. Menem creía en la reencarnación, y muchas veces practicaba ritos vudú para convertirse en la “morada” del espíritu del Caudillo.

Solía explicar que él tenía demasiadas similitudes con Quiroga como para que esto pasara inadvertido. Pero lo cierto es que muchos de esos puntos en común fueron cuidadosamente contruidos.

Estos años de apasionamiento místico por la figura de Facundo Quiroga serían decisivos en la formación de su estilo político. Menem aprendió de Facundo, no de Juan Domingo Perón. Se inventó a imagen y semejanza del Facundo retratado por Sarmiento: inexacto, arbitrario y plagado de errores históricos, pero desmesurado, apasionado e idolatrado. Si había viento, Menem se ponía su poncho colorado, montaba a caballo y salía a andar hasta sentir que encabezaba una montonera. Si el sol obligaba a la siesta, pasaba horas frente al espejo peinando sus patillas y comparando su rostro con el del Caudillo.

Los pasajes subrayados en los textos son elocuentes: su accionar político en los años venideros evidenciaría la simbiosis que Menem intentó realizar con Facundo. Por eso es imprescindible releer estas citas para comprender la construcción de su personalidad política. Estos son algunos de los pasajes más destacados por Menem en su lectura, tomados todos de la edición publicada por la Biblioteca Nacional.

- “El caudillo argentino es un Mahoma, que puede cambiar a su antojo la religión dominante y forjar una nueva. Tiene todos los poderes. Su injusticia es una desgracia para su víctima. Pero no un abuso de su parte: porque él puede ser injusto, más todavía, ha de ser injusto necesariamente...”.

- “El Gobierno echa mano de los hombres que más temor le inspiran para encomendarles este empleo, a fin de tenerlos en su obediencia. Así, el gobierno Papal hace transacciones con los bandidos... Así el sultán concedía a Mehemet Alí la investidura de bajá de Egipto...”.

- “Quiroga poseía el don político en grado eminente. Y lo ejercitaba en reconcentrar en torno suyo todo lo que veía diseminado en la sociedad que lo rodeaba: fortuna, poder, autoridad, todo está con él. Todo lo que no puede adquirir: maneras, instrucción, respetabilidad fundada, eso lo persigue, lo destruye en las personas que lo poseen”.

• “Facundo, aunque gaucho, no tiene apego a un lugar determinado. Es riojano, pero se ha educado en San Juan, ha vivido en Mendoza, ha estado en Buenos Aires. Conoce la república: sus miradas se extienden sobre un gran horizonte. Dueño de La Rioja, quisiera naturalmente presentarse revestido del poder en el pueblo en que aprendió a leer, en la ciudad donde levantó unas tapias”.

• “Otra cosa hubiera sucedido —decía Facundo— si yo hubiese estado aquí. —¿Y qué habría hecho, general? Su excelencia no tiene influencia sobre esta plebe de Buenos Aires.

”Entonces Quiroga, levantando la cabeza, sacudiendo su negra melena y despidiendo rayos por los ojos, le dice con voz breve y seca:

”—Mire usted, habría salido a la calle, y al primer hombre que me hubiera encontrado, le habría dicho: ‘Sígame, y me habría seguido’”.

Menem se sentía predestinado; tenía una concepción musulmana del destino. Su construcción no era política sino religiosa. Le gustaba a veces compararse con Yagurta, el caudillo nómada que escapaba a través del desierto del Sahara mientras lo perseguían las tropas romanas y que solo podía confiar en su propio ingenio. Estaba convencido de que el día en que llegase su hora, sería definitivo. Las multitudes lo seguirían y él gobernaría desde entonces y para siempre, liderando un nuevo movimiento político que llevaría su nombre y que estaría llamado a ser reconocido mundialmente.

En esos años que sucedieron a su regreso de la Universidad cordobesa —durante los que Menem descubrió su vocación política y comenzó a obsesionarse por su formación—, estudió particularmente tres libros: el *Sofisma de la política*, de Jeremy Bentham, y la *Historia de Roma* y el *Arte de la guerra* de Nicolás Maquiavelo. Bentham era casi una moda en las cátedras positivistas de las facultades de Derecho que comenzaban a explicar la ley según el criterio del filósofo inglés y miraban la realidad en términos del “placer o dolor” que causaba.¹

Las pocas notas que Menem escribió en esa época, conservadas por amigos riojanos, lo perfilan como un declarado fatalista, rosista, nacionalista y pragmático. Definía a la Nación como “categoría y proyecto histórico” y al federalismo como “una nación altamente centralizada con una conducción territorial descentralizada”. La Nación, dijo entonces, es

1 El “utilitarismo” de Bentham pretendía calcular con exactitud matemática el alcance de una acción mediante la cantidad de placer que producía, su intensidad, su duración, su certeza y su lejanía o proximidad.

“una asociación, sobre el mismo suelo, de los vivos y los muertos con los que están por nacer”. Se autocalificaba como un “militante anticorporaciones”, pero englobaba en estas por igual a la Iglesia, los sindicatos y los partidos políticos, en una versión peculiar del fascismo criollo.

Aunque ninguno de sus compañeros de debates de aquellos años juveniles lo menciona puntualmente, la formulación de la mayor parte de las definiciones de Menem hace suponer que el riojano nutrió su formación política de Gaetano Mosca y Wilfrido Pareto, dos *cientistas* políticos italianos que fueron considerados los continuadores de Maquiavelo en el siglo XX. En otro caso, habría que deducir que en su recorrido intelectual llegó a las mismas conclusiones que los filósofos políticos mediterráneos. Porque su definición de los partidos políticos como una corporación y su concepción de la “clase gobernante” parecen sacadas de alguno de los textos que eran material de consulta permanente en las universidades argentinas en los años cincuenta y que constituyen tanto una modernización de Maquiavelo como una varianteseudodemocrática del fascismo.²

En aquellos años de la década del cincuenta en que Menem formó su paradigma político, el riojano aprendió a creer en el liderazgo devenido de

- 2 Mosca y Pareto desarrollaron a principios del siglo XX la “teoría de las elites” en la que sostenían que en toda sociedad existen “dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados. La primera, que siempre es la menos numerosa, cumple todas las funciones políticas, monopoliza el poder y goza de las ventajas que lo acompañan; en tanto que la segunda, más numerosa, está dirigida y regida de un modo más o menos legal o más o menos arbitrario y violento por la primera que le proporciona los medios de subsistencia y los que se requieren para la vitalidad del organismo político”.

Pareto enunció la “teoría del equilibrio social”, que se basa en la forma en que se combinan y se integran las diversas clases dentro de los gobernantes. Mencionó entre estas a las políticas, cuyos dos polos son los políticos que usan la fuerza (leones) y los que usan la astucia (zorros); las económicas, formadas por los especuladores y los rentistas, y las intelectuales, en que se contraponen continuamente los hombres de fe y los de ciencia. En la versión americana de la teoría, C. Wright Mills explicaría en 1957 que los países americanos estaban dirigidos por un “restringido grupo de poder” compuesto “por los que ocupan las posiciones claves en los tres sectores de la economía, del ejército y de la política y que constituyen una elite en el poder porque, contrariamente a lo que aparece o se hace creer, están por razones sociales, familiares y económicas ligados unos a otros, se sostienen y refuerzan recíprocamente, tendiendo cada vez más a concentrar su poder en instituciones centralizadas e independientes”.

la inmediatez, no de la acumulación. Por eso admiraba al Perón de 1945, que había sabido aprovechar las circunstancias políticas y convertirse de la noche a la mañana en la cabeza de una marea incontenible, pero al mismo tiempo desconfiaba del afán por transformar al justicialismo en una estructura política con continuidad. ¿Qué significaba finalmente aquello de que “Solo la organización vence al tiempo”? Nada para él, que no creía ni en la organización ni en el tiempo. El poder estaba reservado para los carismáticos. Y el poder garantizaba la eternidad. Se trataba solo de estar en el momento oportuno en el lugar oportuno.

Para esto estaba Ana María Luján. Ella era una mujer sensible y culta. Ella le indicaría cuándo había llegado su hora.

EL ABORDAJE DEL PERONISMO

La Revolución Libertadora que había tomado el poder en 1955 convocó a elecciones tres años más tarde. Cuando se inició 1958 los partidos políticos comenzaron a rearmarse. Menem intentó ese año fundar un partido nacionalista conservador al que denominó Partido Populista y que era la variante riojana del que en la vecina Catamarca había fundado en 1957 Vicente Saadi. La experiencia duró menos de tres meses. Intentó ser designado candidato a senador nacional por la conservadora Unión Popular de La Rioja pero su candidatura fue impugnada porque no alcanzaba a la edad reglamentaria. Supo pronto que la única manera de intentar llegar a algún puesto de gobierno en esa Argentina dividida entre peronistas y antiperonistas era sumarse al justicialismo. Por primera vez en lo que sería su larga carrera en la política, Carlos Menem confió en su buena estrella y una noche de junio de 1958 tomó un tren a Buenos Aires, esperando que el azar decidiera la mejor manera de acercarlo al poder. Ana María esperaba confiada su regreso. Creía en su buena suerte tanto como él.

Menem llegó a Buenos Aires con un único dato en su agenda: la dirección del Comando Nacional del Peronismo en la clandestinidad. Bajó del tren en Retiro, tomó el tranvía y llegó hasta el Parque Rivadavia. Buscó la casa y se sentó en el umbral. Pasaron algunas horas. Nadie entraba ni salía del edificio.

La puerta se abrió finalmente, y Carlos Menem sonrió satisfecho: una vez más el destino estaba de su lado. Se paró y abrazó al hombre moreno, petiso y gordo que salía del edificio.

—Hola, Carmelito.

—¿Y vos quién sos?

—Soy Carlitos Menem.

Carmelo Díaz tuvo que pensar durante algunos segundos para poder identificar el rostro y el nombre. Alguna vez, quince años atrás, se habían cruzado en la Plaza 25 de Mayo de La Rioja. Díaz era un militante del incipiente peronismo, Carlos Menem un adolescente que simpatizaba con el nacionalismo y los conservadores. Hacia fines de 1944, Díaz se mudó a Buenos Aires y desde entonces no había vuelto a su provincia. Esa tarde de 1958 se asombró al verlo en la puerta del edificio de Rivadavia al 4300, un lugar clandestino y cuya dirección conocían solo dirigentes de mucha confianza dentro del partido.

—¿Qué hacés acá? —le preguntó.

—Vengo a ver al presidente del partido.

Carlos Menem hablaba con vehemencia, como si estuviera diciendo la verdad. En realidad, ni siquiera sabía con certeza que allí vivía el presidente del PJ, Alejandro Leloir. Pero el asombro de Díaz parecía confirmarlo.

—Ah... ¿y vos de dónde lo conocés?

—No, no lo conozco. ¿Me lo podés presentar?

Díaz nunca pudo explicar por qué dijo que sí, a pesar de la desconfianza que le provocaba ese riojano prepotente, militante nacionalista, con hablar canyengue, que quería ver al presidente del PJ y ni siquiera pedía cita. Lo hizo entrar al edificio y le presentó a Guillermo Rey, el secretario de Leloir. El presidente del PJ estaba reunido con una delegación de Laprida, un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Díaz y Menem esperaron unos minutos en el recibidor. Leloir salió.

—Alejandro, este es un amigo de La Rioja. Quiere verte. ¿Podés atenderlo?

Menem y Leloir hablaron durante una hora. El riojano volvió triunfante a su provincia: lo habían nombrado delegado interventor de la Juventud Peronista riojana. En realidad, no había dudado un solo minuto. Cuando partió hacia Buenos Aires estaba convencido de que conseguiría su objetivo. Lo que no sabía entonces era que su suerte hubiera sido otra solo si se retrasaba una semana. Juan Perón ordenó desde el exilio la expulsión de Leloir del partido por desoír su mandato de apoyar a Arturo Frondizi como candidato a presidente.

En La Rioja lo esperaban su estudio de abogado, sus siestas y Ana María. El romance continuaba, y se iba convirtiendo en el tema preferido de conversación de las vecinas. El comenzó a quedarse a dormir en su

casa y ella lo acompañaba a las reuniones políticas. Fueron cinco años, entre 1957 y 1962, en que los dos se soñaban habitando alguna vez la Casa Rosada. Ella era el “cerebro gris”, él era el carisma.

Todo se complicó de pronto. Saúl Menehem llamó un día a su hijo y le explicó la situación: la sociedad riojana repudiaba ese noviazgo. Debía terminar inmediatamente. Mohibe intentó ser más comprensiva. Sugirió, explicó, suplicó... Pero Carlos no entraba en razones y ella fue entonces más firme todavía que Saúl. Si seguía viendo a Ana María no volvería a hablarle mientras viviera. Carlos nunca había podido oponerse a la voluntad de su madre. Rebelde, discutía con su padre, lo enfrentaba, se iba de su casa. Saúl había sido en extremo exigente con la educación de sus hijos. Pero Mohibe mediaba y recomponía la situación. Esta vez la inflexible era ella, y Carlos decidió acatar. En agosto de 1964 partió hacia Damasco dispuesto a olvidar su amor por Ana María.

Mohibe estaba segura de cada paso que daba. No solo pretendía que Carlos conociera Yabrud, el pueblito del que habían partido hacía cincuenta años, sino que viajaba a encontrarse con los Yoma, una familia que había vivido en Nonogasta, La Rioja, y se había instalado nuevamente en Damasco. Los Yoma tenían varias hijas mujeres, y este era un dato fundamental para Mohibe, un poco arrepentida al ver el sufrimiento de su hijo pero convencida de que un nuevo amor le haría olvidar el anterior. Los Menem llegaron a Damasco y a los dos días fueron a visitar a los Yoma, con quienes ya habían comenzado a conversar la posibilidad del casamiento de sus hijos.

ZULEMA Y PERÓN

A mediados de la década del sesenta, los Yoma eran una acomodada familia protagonista de la convulsionada vida política de Medio Oriente. Nunca habían estado ausentes de los momentos más críticos del país desde el siglo XIX, en que el primer político de la familia se convirtió en alcalde de una vasta zona del territorio lindante con el Líbano. Fueron años de profundos cambios. Europa volvía de las guerras napoleónicas e iniciaba el camino hacia la consolidación de los estados nacionales. Medio Oriente era un polvorín. Comenzaba el fin del Imperio Otomano construido a partir de 1534, cuando Turquía ocupó

Egipto y las Tierras Fértiles. La agonía se prolongó casi un siglo, hasta el final de la Segunda Guerra Mundial. Durante ese período, Medio Oriente vivió inmerso en la guerra civil, las luchas independentistas, la peste y la pobreza.

Jaqueado por Inglaterra y Francia desde Europa y por los grupos nativos de cada país, el gobierno de Estambul intentaba profundizar el control sobre los territorios dominados. En 1860 estalló la guerra civil en el Líbano entre los cristianos maronitas y los drusos, que culminó con una matanza de cristianos en toda Siria. Llegaron épocas de epidemias y malas cosechas. El gobierno militar impuso una reforma agraria por la que la mayor parte de las tierras pasaron a poder del Estado que las entregaba para su usufructo a familias urbanas relacionadas con el poder político. La única posibilidad de salida era hacer dinero en América y enviar las remesas a la familia para que comprase las tierras en que se producían sedas. Los jóvenes árabes se encontraban en la disyuntiva de sumarse a los grupos independentistas o emigrar al Nuevo Mundo. Turquía entró en guerra con Rusia y el gobierno de Estambul convocó masivamente a la conscripción obligatoria para marchar al frente.

La situación de los Yoma no era fácil. Una vieja tradición política los sindicaba como parte de la resistencia a la ocupación otomana. Mohamed Amín había sido por años alcalde de Djumier, un pueblo de pocos habitantes y menos comercio pero importante porque constituía la vía de salida de Damasco hacia Bagdad. Había logrado ejercer el gobierno de la ciudad con cierta autonomía con respecto a Estambul, tal como ocurría en la mayor parte del interior de los territorios. Siria estaba dividida en cuatro provincias: en cada una de ellas el gobernador era nombrado desde la capital del imperio, pero el resto de la región era abandonada a sus propios recursos con tal de que admitiera la soberanía otomana y pagara el tributo correspondiente. La familia Yoma asegura que entre sus antepasados figuran varios “jeques” (jefes espirituales) y que por eso los turcos los persiguieron particularmente. Lo cierto es que pertenecían a la radicalizada fracción religiosa de los alawíes, una secta sihita extremista que veía en Mohamed Alí (gobernante de Egipto entre 1805 y 1848, primer antecesor del panarabismo e impulsor del desarrollo y la modernización del país del Nilo) una nueva encarnación de la divinidad.

El matrimonio Yoma no dudó, y embarcó a Amín, el primogénito, rumbo a América. Amín Yoma llegó a la Argentina en 1909, un año después de que la revolución de los “Jóvenes Turcos” tomara el poder en

el Imperio Otomano. El ascenso de la fracción nacionalista del ejército provocó nuevos enfrentamientos civiles y religiosos.

Amín llegó a Buenos Aires y buscó en la zona de Constitución a los ex vecinos de su pueblo que habían emigrado unos años antes. Se instaló en la tienda de unos amigos, y con ellos aprendió el castellano. Un año después abrió su primer negocio de telas sobre la calle Reconquista, pero las ventas no le alcanzaban para vivir. En 1913 decidió marcharse a Mendoza en busca de un amigo de su pueblo. Trabajó allí tres años, pero también esta vez la tienda quebró. Se mudó a San Juan y abrió un negocio de ramos generales que sobrevivió apenas unos meses. Algunos paisanos lo convencieron de marchar juntos a Nogasta, un poblado de La Rioja, donde había movimiento comercial porque se construía el paso de la cordillera Cuesta Miranda. Un año más tarde, en 1916, se convirtió en el proveedor de materiales para la construcción de esas obras.

Viajaba una vez por mes desde La Rioja hasta Buenos Aires para comprar los materiales que revendía. Su madre accedió a enviarle dinero desde Siria para que ampliase el negocio, y Amín instaló la primera empresa familiar sobre las vías del ferrocarril que conducían hacia Chilecito, cerca de una mina, de oro y plata. Cuando el gobierno provincial decidió tender el cablecarril entre la ciudad y la mina logró que lo contrataran como proveedor. En algunos años sería el representante mayorista y exclusivo de Esso, Alpargatas, Terrabusi e International Harvest y el primer concesionario de automóviles.

En 1926 ya era el comerciante más reconocido de la zona. Se casó con una maestra de Villa Unión, un pueblo perdido en la cadena de El Velazco, pero el matrimonio duró menos de tres años: ella murió de alguna enfermedad incurable que los médicos de la zona no supieron determinar. Había tenido dos hijos, Amín y Emilio, que murió de un ataque al corazón. En 1934 volvió a Siria. Su padre había muerto y él heredó su fortuna. Había terminado la Primera Guerra Mundial en la que los turcos se aliaron con Alemania, y Siria era ahora un protectorado francés. Las guerras civiles continuaban. Los drusos encabezaban levantamientos contra el gobierno. Francia bombardeó Damasco provocando una masacre entre la población civil. Antes de dejar nuevamente su pueblo, Amín se casó con una novia de su adolescencia, Chaha Gazal, y convenció a su primo Jorge de que lo acompañara a la Argentina para trabajar juntos. Jorge llegó un año después, y Amín lo puso al frente de una bodega que acababa de inaugurar: Vinos Yoma. Mientras tanto, él regenteaba Amín Yoma y Cía., una empresa que

incluía una cámara fumigadora de granos, una estación de servicio y una barraca de cueros.

En Siria había nacido el primer hijo de su segundo matrimonio, Mohamed Amín (1934). Luego vendrían otros siete: Leila (1936); Naim (1937), que murió al año siguiente en un accidente automovilístico de su padre; Naim, del mismo nombre que su hermano muerto, (1939); Karim (1940); Zulema (1942); Delia (1944); Omar (1946); Emir (1948), y Amira (1952). Chaha Gazal cuidaba a sus hijos y aprendía corte y confección por correo.

En 1959 Amín sobrevivió a un paro cardíaco y decidió regresar a Siria con todos sus hijos. Solo Amín, su primogénito, y Mohamed Amín, el primer hijo de su segundo matrimonio, permanecieron en la Argentina a cargo de las empresas. La decisión no fue casual. Los Yoma regresaron a su país cuando en Medio Oriente crecían los movimientos revolucionarios nacionalistas y se vivía un clima de profundas reformas culturales, sociales y económicas. Estaba en su apogeo el Partido Baath —*Hizb albat't al-arabí al-istirakí*, Partido Socialista de la Resurrección Árabe— integrado en su mayor parte por los cuadros alawíes. El Baath fue fundado en 1940 en Damasco por Michel Aflaq, un intelectual de izquierdas educado en Francia, al que las circunstancias revolucionarias que conmovían a Oriente llevaron a estrechar lazos con los sectores nacionalistas del ejército. Su filosofía básica —nacionalismo, unidad y socialismo en la sociedad árabe— se implantó como vocación del conjunto. La revolución egipcia de 1952 comandada por Nasser y los “Oficiales Libres” terminó por dar impulso a aquellos movimientos panárabes revolucionarios. En febrero de 1958 Siria y Egipto formaron la República Árabe Unida y decidieron disolver los partidos políticos y coordinar las políticas económicas. Los dos gobiernos intentaban además escapar de la amenaza comunista que creían vislumbrar en algunos grupos extremistas que comenzaban a recibir ayuda militar de la Unión Soviética. Los sectores más radicalizados del Baath se negaron a disolver el partido y tomaron el gobierno en Siria persiguiendo y encarcelando a los moderados. Los estudiantes y los jóvenes marchaban por las calles de El Cairo y Damasco reclamando reformas sociales y la depuración del Ejército. Se oponían básicamente a la alianza del ejército, los políticos, los ricos industriales y los terratenientes que conspiraban contra Nasser y el Baath porque la política de nacionalización de las tierras y la industria afectaba sus negocios. La izquierda del Baath subió al gobierno en Siria e Irak. Damasco se convirtió en territorio de entrenamiento

de los grupos terroristas palestinos que se infiltraban desde Siria en territorio israelí.

Los Yoma se instalaron entonces en Damasco. La familia no permaneció ajena al clima político. Delia comenzó a trabajar como secretaria administrativa de la embajada española en Damasco y se casó con un coronel del ejército revolucionario. Lelia pasó a ser secretaria privada del embajador español. Karim, con solo veintitrés años, fue nombrado canciller (tercer lugar en la escala jerárquica) de la embajada española en Siria. Zulema, que llegaba con un título de decoradora desde La Rioja, ingresó en la Escuela de Bellas Artes. Amira era apenas una adolescente, pero se sumó a las marchas y las protestas, y con quince años empezó a militar en el ala más radicalizada del Baath, la fracción prochina que criticaba por igual a Nasser y a la Unión Soviética acusándolos de haberse sumado a los movimientos reaccionarios y proclamaba la “revolución permanente”. Emir, más díscolo, se dedicaba a disfrutar de la noche árabe.

Amín, mientras tanto, se dedicaba a los negocios. Lo acompañaba su hijo Omar. Después de guardar reposo por prescripción médica durante un año, instaló una curtiembre en Damasco que importaba cueros desde la Argentina. Viajaba periódicamente a Buenos Aires para cerrar personalmente las compras. Chaha Gazal de Yoma lo acompañaba a veces.

Habían pasado diez años desde que regresó a su país cuando en uno de los viajes desde Buenos Aires volvió a sentir molestias en el corazón. Al llegar a Holanda para ocuparse personalmente de un trasbordo de cueros sufrió un ataque de hemiplejía. Chaha lo trasladó hasta Damasco, donde murió el siete de junio de 1970.

Desde 1968 los hijos varones habían comenzado a volver a la Argentina, sobre todo por las dificultades para aprender el idioma. Solo las mujeres lograron rápidamente dominar el árabe con la misma fluidez que el castellano. Amira no quería volver. Se había adaptado a las costumbres y al idioma y tenía allí su grupo de amigos. Cuando llegó tenía seis años. Había aprendido a escribir en árabe. Junto con Emir, habían cursado los estudios primarios en la lengua materna. La situación política se había complicado notoriamente a partir de 1967, con la Guerra de los Seis Días: Israel bombardeó Damasco acusando al Baath de entrenar a los grupos terroristas palestinos. Egipto y Jordania respondieron en defensa de Siria y el ejército israelí ocupó en seis días la orilla occidental del Jordán, la península del Sinaí y los Altos del Golán. Se firmó la paz, pero el clima de enfrentamiento persistía. Amira militaba día y noche.

Zulema se dedicaba a la pintura y a sus estudios de Bellas Artes. Ya había hecho dos exposiciones en Damasco, y estaba convencida de que su destino era convertirse en una pintora famosa. Era un momento particular del desarrollo del arte y la cultura para el pueblo árabe: las políticas nacionalistas de los gobiernos de la región incentivaban la formación de los artistas jóvenes en escuelas estatales y promovían las muestras y las exposiciones gratuitas y colectivas. Zulema estaba orgullosa de sus dos primeras obras reconocidas: un autorretrato y una pintura de Malula, un pueblito cercano a su ciudad natal.

Fue entonces, invierno de 1964, cuando los Menem y los Yoma se reunieron. No fue difícil que los hijos cumplieran con el mandato de los padres: Carlos no tardó en seducir a esa morocha de ojos verdes que ansiaba volver a la Argentina. La primera noche Carlos y Zulema salieron a bailar junto a Emir, uno de los hermanos Yoma. Los flamantes novios terminaron besándose al ritmo de *La Bamba* mientras Emir vigilaba desde una mesa.

En la casa de los Yoma, en un living con sillones verdes de pana, Saúl y Mohibe Menem acordaron con Amín y Chaha Yoma que sus hijos Carlos y Zulema se casarían dos años después. Más tarde Menem prefirió hacer un relato más romántico. Aseguró que caminaba por las calles de Damasco y se cruzó con Zulema. “¿Querés casarte conmigo por una noche?”, le dijo en español. Ella se dio vuelta: “Argentino tenías que ser”. Pero la versión es desmentida hasta por la misma Zulema.

Lo cierto es que el romance duró menos de una semana porque Carlos había decidido viajar a Tokio, a presenciar los Juegos Olímpicos. El trámite para conseguir su visado se complicó y a último momento decidió hacerle caso a su cuñado Emir, que le sugirió ir a conocer Madrid.

Carlos Menem llegó al aeropuerto de Barajas el 1º de octubre de 1964. Lo guiaba una obsesión: conocer al general Juan Domingo Perón. No sabía cómo iba a hacerlo, solo confiaba en su fortuna y en su intuición. Como aquella vez, cuando había esperado en la puerta del edificio de Rivadavia. Algo iba a pasar. Caminó por las calles de la ciudad mientras pensaba la estrategia. Madrid todavía era la aldea imperial de Francisco Franco: un enclave anacrónico en una Europa moderna, inmersa en la revolución tecnológica y convulsionada por el accionar de los movimientos socialistas. Así, caminando, llegó a la reja de acceso a Puerta de Hierro y preguntó por el secretario privado del ex presidente. El guardia le explicó que no era el modo, que él no podía anunciar a

nadie que no tuviera cita. Menem, después de insistir durante algunos minutos, se marchó.

Tenía una dirección en su agenda: la de Jorge Antonio, un paisano sirio que trabajaba con Perón y que alguna vez se había encontrado con sus padres en una reunión de la comunidad. No quedaba lejos. Caminó por La Castellana y encontró el edificio. Antonio lo recibió, lo escuchó y le pidió que regresara al día siguiente. En el ínterin funcionaron esa suerte de “servicios de inteligencia paralelos” que habían montado los hombres de Antonio en Madrid. Julio Antún, un hombre de la derecha peronista, delegado del Comando Nacional en Córdoba, le alcanzó un informe sobre ese riojano nacionalista, militante universitario y, como él, hijo de sirios. Esa noche salieron a cenar: Antonio, sus dos hijos, Menem y Antún. La cita con Perón fue establecida para el 8 de octubre al mediodía.

Jorge Antonio acaparó la cena contando, una vez más, su historia elevada al nivel de mito. Antonio había llegado a Madrid en 1960. Era la cuarta parada de su exilio: antes había estado en Caracas, Santo Domingo y La Habana. Compró un piso en La Castellana y se radicó con todos sus hijos. En algunos años tendría también una finca en las afueras de Madrid y una casa de descanso en Torremolinos, sobre la Costa Azul, que se convertiría en la primera residencia de Perón en España. Para conocer aquellos días de Antonio en Madrid, y su incursión en la nobleza local, es imprescindible leer el retrato hecho por el periodista Ernesto Tenenbaum en la revista *Página/30*:

“Llegó tan rico que pudo comprar un piso de unos 600 metros en La Castellana, la avenida por donde pasaban los desfiles, la calle más cara de Madrid, a pocos metros de las casas de los Bordiú y los Franco. Don Jorge y Doña Pilar Franco solían compartir largas caminatas por allí en los años sesenta.

”La cordial relación entre los generales Perón y Franco fue una de las vías que permitieron el ingreso de Don Jorge a la nobleza española. Otra fue su velocísimo caballo Revirado, que hizo historia en la hípica española, un círculo mucho más selecto que el de la hípica argentina. Cuatro de sus once hijos estudiaron en el distinguido colegio Rosales, donde también asistía el Príncipe de Asturias, y tres de ellos, además, completaron la secundaria en Liverpool y París.

”Nunca se sabrá cuánto se amaron Don Jorge y su primera esposa, Esmeralda Rubín. Lo cierto es que del vientre de ella salieron cuatro hijos y luego el matrimonio adoptó otros siete. Jorge Antonio hijo es el

mayor de todos y se casó con Susana Redondo, hija de una poderosísima familia con multimillonarias inversiones en la industria papelera española".

Antonio, Antún y Menem se despidieron luego de la cena y acordaron encontrarse en Puerta de Hierro el 8 de octubre a las 12 del mediodía. Menem llegó unos minutos antes que lo previsto. Traje azul y una camisa blanca de cuello ancho, afuera de las solapas. Jorge Antonio lo esperaba. Atravesaron los jardines y llegaron al salón principal: junto al ventanal, mirando la calle, estaba Perón. Antonio había organizado un encuentro de dirigentes de la juventud con el General. Además de Menem —presidente de la juventud riojana— estaban Jorge Camus, de San Juan, y Fernando Bramuglia, el hijo de Juan Atilio, ex ministro de Relaciones Exteriores del gobierno peronista.

Perón los fue saludando uno por uno. Menem le contó sobre aquel campeonato Evita en que había recibido la copa de campeón de básquet de su mano. El General sonrió con simpatía.

—Usted es muy joven, ¿no? —le preguntó.

—No tanto, General. Hay que mantenerse.

—¿Y a qué se piensa dedicar?

—Bueno, soy abogado... Pero me gustaría dedicarme a la política.

Por eso vengo a ver a los hombres sabios, para que me ilustren... Perón sonrió y continuó conversando con el resto del grupo.

El General repitió algunos lugares comunes sobre la importancia de la juventud en la hora que vivía el país. Les recomendó la lectura de sus libros. "Cada joven lleva el bastón de mariscal en su mochila", les advirtió. Después brindaron: era el cumpleaños de Perón. Cuando el encuentro se distendió, Menem preguntó lo que en ese momento todos los políticos, militares y sindicalistas argentinos querían saber.

—¿Es cierto que vuelve, General?

Perón se dio vuelta y señaló unas maletas que se amontonaban en un costado.

—¿Qué le parece?

—¿Y cuándo? —insistió el riojano.

—Ah... eso pregúntele a su paisano. El me regaló las valijas y dice que está preparando todo.

Jorge Antonio sonrió satisfecho. Una comisión de dirigentes del justicialismo, entre los que se encontraban Augusto Timoteo Vandor, Delia Parodi y Jorge Alonso, había llegado desde Buenos Aires para organizar el "Operativo Retorno", y todos peleaban por ser los señalados para po-

nerse al frente de la organización. Antonio se sintió honrado. Cuando Menem fue presidente, Antonio completó el relato de aquella jornada de la siguiente manera: al día siguiente, Perón llegó hasta la oficina de Antonio en La Castellana 56. Antonio estaba reunido con una periodista colombiana y un diplomático mejicano.

—¿Y, Don Jorge? —preguntó el General—. ¿Qué pasa con ese muchachito riojano, se queda o se va?

Jorge Antonio no sabía. No había vuelto a hablar con Menem desde que dejaron Puerta de Hierro.

—No lo sé, General. Puedo averiguar.

—Dígale que se quede unos días... No lo pierda, Jorge... Ese muchacho tiene premio.

Antonio encontró a Menem en el Hotel Surbarán, un alojamiento de tercera categoría en pleno centro madrileño. Le contó la conversación con Perón, y Menem decidió quedarse dos semanas más en la ciudad. Volvió a encontrarse dos veces con el General en las oficinas de Antonio. De aquellas reuniones, Menem recuerda que le impresionó, sobre todo, “que Perón le diera tan poca importancia al fracaso de 1955”.

A medida que pasó el tiempo, Antonio fue menemizando la anécdota. En 1993 la narración sostenía que Perón le había pedido especialmente a Menem que se quedara y que el riojano pasó una semana junto al General. “Yo voy a ser presidente cuando usted deje la política”, había llegado a decir Menem en la última versión del encuentro.

Menem volvió a Buenos Aires en la última semana de noviembre de 1964. Diez días después, el 2 de diciembre, también Juan Perón y Jorge Antonio subirían a un avión con destino a la Argentina. Pero no lograron llegar. El “Operativo Retorno” fracasó cuando el avión que trasladaba al General al país luego de diez años de exilio fue detenido en el aeropuerto El Galeão de Río de Janeiro, y el grupo fue obligado a retornar a Madrid. En una carta escrita desde el aeropuerto mismo, mientras esperaban el viaje de regreso, Perón anunció a los militantes peronistas que a partir de ese momento “se acabaron las contemplaciones. Hay que comenzar la guerra integral, por todos los medios, en todo lugar y en todo momento. Es en la lucha donde yo he aprendido a conocer a los hombres que realmente valen. Nuestra juventud debe hacerme caso porque no me equivoco. Los jóvenes deben poner el impulso y los viejos debemos elegir la dirección”.

Carlos Menem estaba ya en La Rioja cuando se conoció el fracaso del Operativo, que marcó el inicio de una nueva etapa de la movilización

política. La puesta en marcha de la operación había profundizado el enfrentamiento entre los grupos combativos y la burocracia partidaria y sindical, pero había también demostrado que Perón estaba efectivamente dispuesto a regresar al país y ponerse al frente del proceso político. En una conferencia en la Universidad de Córdoba, el 4 de diciembre, John William Cooke sintetizó las consecuencias de la operación. "Lo que fracasó en esta tentativa no fue, como dicen algunos, el grupo burocrático dirigente; o, como dicen otros, el propósito de venir antes de que se haga la revolución. Lo que fracasó el día 2 de diciembre fue la concepción burocrática de la política en general; fracasó la concepción de que es posible hacer cualquier acuerdo con el régimen; la concepción de que el peronismo puede progresar en base a concesiones y no en base a mantener inflexiblemente sus principios de fuerza revolucionaria frente al régimen. Lo que fracasó fue también el desprecio por la organización, el desprecio por la estructuración de nuestro potencial de masas y activistas, el desprecio por una metodología correcta, el desprecio por la teoría".

Menem se instaló en La Rioja. Abrió su propio estudio, al que sumó a su hermano Eduardo, quien también se había recibido de abogado en Córdoba. Volvió a los paseos, las siestas y el casino. Escribía larguísimas cartas a Madrid y Damasco: para Jorge Antonio y para Zulema. La Rioja se iba convirtiendo de a poco en un reflejo de la febril actividad política que ganaba al país, y Menem pretendía mantenerse al margen. Estaba decidido a no optar por ningún sector en particular y a esperar a que la situación se fuera decantando. Recién entonces se definiría. Mientras tanto, volvía a encontrarse con Ana María Luján y preparaba su boda con Zulema.

Los Yoma se establecieron en La Rioja en setiembre de 1966. Unos meses antes, Carlos y Zulema se habían casado por poder formalizando el "conyuganato" acordado por sus padres: Chaha seguía dudando de las promesas hechas por Mohibe acerca de su hijo, y no pensaba dejar viajar a Zulema si los papeles no estaban firmados con anterioridad. Ella llegó a La Rioja con sus padres y su hermano Emir. El 7 de setiembre de 1966 intercambiaron los anillos que sellaban el compromiso. El 1º de octubre se casaron en Buenos Aires. La versión de los Yoma indica que la boda fue bendecida por un imán, según el rito musulmán. La de los Menem, que fue el párroco de la iglesia de Anillaco quien los casó en el rito católico. Lo cierto es que ni Carlos ni Zulema se decidieron a

oponerse a la voluntad de sus padres, y el casamiento recibió una doble consagración.

El matrimonio tuvo apenas unos meses de sosiego durante el verano de 1967 —el primero después del matrimonio— pero rápidamente comenzaron las discusiones. A veces se transformaban en verdaderas batallas campales, que solían tener como tercera protagonista a la madre de Carlos, Mohibe. En realidad, Mohibe había sido la más interesada en el matrimonio. Ella se preocupó por convencer a Amín Yoma para que dejara casar a su hija, y se comprometió a ser garante de la fidelidad de su hijo. Zulema explicaría con crueldad la situación varios años después: “Carlos dejó que los demás hicieran lo que querían. Es que era muy difícil contravenir la autoridad de mi suegra. Calcule que ninguno de los hermanos Menem se casó con la mujer que amaba porque su madre no las quería”.

Pero Mohibe no contaba con el carácter de Zulema, una “turca” arrolladora que se había enamorado apasionadamente de Carlos. Durante los dos primeros años intentó hacerlo todo para conquistarlo. Nada daba resultado: Carlos seguía saliendo con otras mujeres, muchas noches no volvía a su casa a dormir y cada tanto pasaba una temporada en casa de su madre. En 1968 nació el primer hijo, Carlos Saúl, y Zulema se dedicó a él. Después perdió dos embarazos consecutivos, cada vez con complicaciones, y las cicatrices en la pareja siguieron aumentando. Las peleas comenzaron a ser casi diarias. Cuando Mohibe intervenía, todo se precipitaba: Zulema la insultaba y las dos mujeres se peleaban en la vereda. Carlos empezó a encontrarse con Ana María: era la contracara de su matrimonio. Culta, fina, sosegada, convertía los encuentros en un remanso. Carlos decidió abandonar a Zulema, pero ella se anticipó. Chaha, su madre, le avisó desde Siria que su padre había enfermado y Zulema se marchó a Damasco llevándose a su hijo. Carlos se deprimió profundamente. Escribía larguísimas cartas pidiéndole que volviera. Fue la primera vez que sintió que estaba enamorado de su mujer. Quería estar con ella y con su hijo. Se ofreció para ir a buscarlos. Amenazó con suicidarse.

Zulema regresó a principios de 1970, y dos meses más tarde murió su padre. El matrimonio vivió una corta luna de miel y nació Zulema María Eva. Pero cuando pasaron las emociones de los primeros días, Zulema comenzó a recriminarle a Carlos que no le hubiera permitido quedarse junto a su padre. El se pasaba el día en el estudio, entre la política y los negocios. A la noche salía con sus amigos, se quedaba hasta muy tarde en el casino o no volvía a dormir a su casa. Pero tenía

claro que no estaba dispuesto a separarse. En los últimos años de la década del 60, había comenzado a trabajar políticamente para ser gobernador de La Rioja. Esa estrategia implicaba también a su familia. Debía mantener su matrimonio a toda costa. La Rioja era una sociedad católica que no permitiría un gobernador divorciado pero, además, él no tenía fondos para costearse su campaña y la pareja había comenzado a ser una sociedad comercial, en la que los Yoma aportaban buena parte del dinero que Carlos Menem necesitaba para sus proyectos. Aunque la curtiembre de Nonogasta era apenas un pequeño negocio, ellos recibían algo de dinero de Karim desde España y estaban en condiciones de pedir préstamos. Mucho más si accedían al gobierno provincial. Si Zulema quería divorciarse debía consultar con el clan: ahora todos eran la familia del futuro gobernador.

MENEM MONTONERO

Se acercaban los setenta y La Rioja era un inmenso desierto casi condenado al atraso y al éxodo de sus jóvenes. Una vieja tradición de confrontación con el gobierno central la mantenía en la postergación y el olvido. La situación económica era caótica. Los emprendimientos hidráulicos y los pasos cordilleranos que la conectaran con Chile y el Pacífico eran solo dos viejos sueños jamás concretados. La población se dividía entre empleados estatales y pequeños comerciantes que viajaban de pueblo en pueblo con sus mercaderías. La tierra era improductiva y ajena. “La Rioja de los hechos consumados”, la bautizó el historiador Ricardo Mercado Luna para explicar la pasividad de ese pueblo que desde las luchas montoneras no volvió a conocer de rebeldías ni protestas frente al feudalismo instituido por sus clases gobernantes. Durante décadas los conservadores se fueron sucediendo en el gobierno, ya se tratara de radicales, peronistas o militares: algunas familias, propietarias de las tierras, los viñedos y las bodegas, ocuparon sucesivamente el obispado, la comandancia del cuerpo regional de ejército y la gobernación.

“La resignación, el quietismo y el tedio, constituyen las principales subculturas generadas por el hecho consumado —dice Mercado Luna—. El razonamiento que la alimenta es simple: el riojano es un hombre resignado. La resignación es una forma de santidad. Por lo tanto debe cultivársela, porque en ello, además, va gran parte de su personalidad. El riojano también es un hombre quieto. Y esto tampoco es malo, porque la quietud no es otra cosa que la paz. Y ser pacífico es poseer un rasgo que enaltece.

El tedio es una consecuencia necesaria de esa paz. Alzarse contra el tedio es el comienzo del alzamiento contra la paz y el preanuncio de repudio a esa forma de santidad que es la resignación".

El 31 de enero de 1967 había asumido la intervención de la provincia Guillermo Domingo Irribarren, un conservador de Nonogasta designado al frente del gobierno por el presidente de facto Juan Carlos Onganía. Irribarren había sido intendente de Chilecito en 1932, cuando gobernaba la nación Agustín P. Justo, y en 1966, cuando se produjo el golpe contra el radical Arturo Illia, estaba afiliado al Movimiento de Integración y Desarrollo. Irribarren designó como subsecretario de Gobierno a uno de sus hombres de mayor confianza en La Rioja: el joven abogado Eduardo Menem. La CGT estaba comandada por el combativo Julio Corzo, opositor militante del sector vanderista, que se acercaría unos años más tarde a la CGT de los Argentinos liderada por Raimundo Ongaro. El circuito económico se movía alrededor de algunas grandes familias que, aunque paupérrimas vistas desde el orden nacional, eran las únicas que manejaban la producción regional: los Luján en Aimogasta, los Yoma en Nonogasta, Amado Menem en Anillaco.

Amado Menem era hijo del primer matrimonio de Saúl Menehem, y había quedado a cargo de la bodega "El Velazco" cuando sus tres medio hermanos —Carlos, Eduardo y Munir— se dedicaron a estudiar y se radicaron en La Rioja como profesionales. Conservador y ultracatólico, envió a sus hijos a estudiar a los mejores colegios religiosos de Córdoba y se autotituló el "enólogo" de la familia, aunque solo fue siempre el administrador de los viñedos. Amado hacía y deshacía a su antojo en Anillaco, como los Luján en Aimogasta y los Yoma en Nonogasta. De cualquier forma, ninguna de las tres familias llegaba a ser siquiera una de esas "riquezas provinciales" que suelen convertir en feudos a las provincias en el Noroeste argentino. Manejaban la provincia por sus ligazones económicas y políticas, pero sus empresas apenas les alcanzaban para vivir y se movían al ritmo de los avatares económicos del resto de los argentinos.

El peronismo era entonces una entelequia en La Rioja. Toda la conducción se reducía a tres viejos y pacientes militantes que habían logrado conservar el nombre de justicialistas a pesar de haber convivido con todos los poderes de turno: Bernabé Arnaudo, Luis Basso y Libardo Sánchez. Arnaudo era un amigo de la infancia de Carlos Menem, y juntos solían representar obras de teatro en las calles. El fue el primero en hablarle del peronismo, y en intentar convencerlo de que dejara su ferviente nacionalismo y se sumara a la causa. Basso y Sánchez habían militado en la

resistencia, y eran en los setenta dos viejos dirigentes respetados por la juventud de todos los sectores.

Como en todas las ciudades del interior, el único poder real en La Rioja era la Iglesia. La mayor manifestación anual era la del Tinkunacu, el último día de diciembre, la fiesta del reencuentro. Una fiesta popular, con hondo contenido revolucionario: recordaba cómo San Francisco Solano se había enfrentado con la dominación española y cómo había proclamado alcalde de la ciudad al Niño Jesús para oponerse a los dictados de la capital del Virreinato.

No es extraño entonces que fuera desde la Iglesia desde donde se revolucionó la tradicional calma riojana y desde donde la provincia ingresó al ritmo político que la década del sesenta impuso al país. En 1967 fue designado obispo de La Rioja monseñor Enrique Angelelli, “El Pelado”. Angelelli había comenzado a trabajar desde 1957 en la formación de la Juventud Obrera Católica, una de las formaciones del cristianismo revolucionario. Junto a monseñor Devoto, obispo de Goya, y monseñor Podestá, obispo de Avellaneda, se convirtieron en los pilares de los Sacerdotes por el Tercer Mundo, que en noviembre de 1969 definían claramente su posición en una carta abierta al presidente Onganía:

“Nuestra conciencia cristiana, educada en la Biblia, nos dice que Dios rehúsa nuestros actos religiosos si no están precedidos y acompañados de una realización de la justicia y la fraternidad. Se nos ha enseñado que la verdadera religión consiste en proteger a los desvalidos, en liberar a los oprimidos, en asistir a los hambrientos. (...) Será necesario poner en marcha el programa, políticamente eficaz, de un proyecto liberador. Esto es inevitable en un momento en que los cristianos tomamos conciencia profunda de que el mensaje evangélico de liberación pasa también por la dimensión socio política de la historia humana”.

Angelelli comenzó a movilizar a los riojanos para que reclamaran por la justicia social, la división de las tierras y las riquezas, el salario digno y el empleo. Las estadísticas indicaban que el 25 por ciento de los niños riojanos no consumía leche, y que la mortalidad infantil era del 72 por mil. Los riojanos llegaban a las misas dominicales a escuchar a ese obispo que les hablaba de liberación. La juventud peronista tomó la posta y comenzó a nuclearse alrededor de “El Pelado”. El viejo refrán provincial que reza “el riojano es sufrido pero advertido” se hizo realidad: la pasividad se transformó en movilización. Los jóvenes se reunían a tomar mate con el Obispo y organizaban trabajos barriales, encuentros, grupos de formación política y jornadas de trabajo solidario.

Paradójicamente, un buen perfil del trabajo de Angelelli en La Rioja lo da un documento del Centro de Residentes Riojanos en la Capital Federal, que pretende destruir la imagen del obispo acusándolo de “cura guerrillero, infiltrado marxista, falso profeta con piel de lobo” y “sacerdote extranjerizante”. Reunido en Luján para declarar la “guerra santa” contra los sacerdotes tercermundistas de La Rioja, el grupo nacionalista y ultracatólico distribuyó un documento en el que explicaba la llegada y el accionar de Angelelli en La Rioja, plagado de inexactitudes y acusaciones, pero tras el que se puede adivinar cuál era el accionar real del grupo en la provincia:

“El obispo de La Rioja cuenta con un importante y bien preparado equipo socialista, que se encarga de organizar encuentros o campamentos con participación de jóvenes estudiantes universitarios, hermanas de congregaciones religiosas o simples campamenteros. El motivo para estos encuentros lo da el hecho de que el pueblo riojano es pobre y desposeído. Así se los orienta hacia el trabajo en rancherías o lugares socioeconómicos necesitados y —con el pretexto de realizar estas experiencias— se aprovecha para adoctrinarlos y orientarlos en el nuevo catecismo de Medellín. Monseñor Angelelli, en su afán de transformarse en un nuevo Robin Hood de los desposeídos, no pierde oportunidad para hacer oír su voz de protesta”.

Si algo faltaba para fermentar el clima político riojano, el Cordobazo estalló demasiado cerca. La CGT de Julio Corzo lo apoyó, y las juventudes de todos los partidos se movilizaron. Era casi una lucha generacional. La Rioja comenzó a ser un “aguantadero” para los jóvenes militantes corridos por la violenta represión en Córdoba y Tucumán. El poder social se fue solidificando a través de las organizaciones de defensa de los campesinos y los mineros. Los sectores más progresistas y combativos contaban con un aliado fundamental: el diario *El Independiente*, convertido en una cooperativa de trabajadores de prensa, era uno de los baluartes fundamentales de las reivindicaciones.

Carlos Menem no dudó en dónde ubicarse. Delegado de la JP riojana, endeudado por el juego y con complicaciones matrimoniales, se lanzó por entero a conquistar la arena política convirtiéndose en el primer revolucionario; el de los discursos más inflamados y las protestas más airadas, contra sus dos hermanos, Amado y Eduardo, y siempre junto a Angelelli. Si alguien podía ganar una elección en La Rioja, no era Juan Perón. Era “El Pelado”. Menem lo supo antes que nadie, y allí

se encuadró. Armó su grupo de confianza con los representantes monotoneros en la provincia. Los apoyó y los refugió. Les prometió cargos y participación en el gobierno y se hizo un aliado fundamental de las cooperativas sociales. Ellos lo convirtieron en su candidato: primero en la interna, contra Libardo Sánchez; luego para la gobernación.

En octubre de 1970, Menem decidió encabezar un acto del peronismo riojano en conmemoración del Día de la Lealtad. Invitó a su vecino, Vicente Saadi, y al secretario general de la CGT de La Rioja, Julio Corzo. Irribarren prohibió la movilización, pero Eduardo, subsecretario de Gobierno, se ocupó de que se hiciera aunque en un local cerrado. Los hermanos sabían ayudarse mutuamente. Carlos podía, a la vez, ser el más ferviente opositor y el de mejor diálogo con el gobierno militar.

En 1972 se anunció la Organización del Retorno de Perón. El Comando Nacional, que lideraba Juan Manuel Abal Medina, nombró delegados para cada región. Jorge Llampar, un ignoto militante de la Juventud Peronista recomendado para su nominación por Héctor Cámpora, fue designado para La Rioja y Catamarca. Llampar llegó a La Rioja y unas semanas después se casó con una militante del peronismo combativo, Juanita Romero, sindicalista del gremio docente. La casa de Llampar comenzó a ser el centro de las reuniones políticas. La Rioja parecía inclinarse hacia los sectores más radicalizados de la izquierda peronista, y hacia allí se inclinó Menem.

La nueva década llegaba complicada. Las peleas con Zulema eran públicas y escandalosas. Ella había decidido poner el juicio de divorcio en manos del candidato a gobernador por los conservadores, Manuel Fernández. Su situación económica personal era difícil. En esos años lo mantenía, en realidad, la familia de su esposa. El estudio de los hermanos Menem, ahora en la calle Catamarca número 9, se había convertido en una suerte de leyenda en La Rioja, envuelto en denuncias y escándalos: Menem no lograba conciliar su nueva fiebre política con su pasión por el juego y la noche. Las versiones que lo involucraban hablaban de amantes, usura, juego clandestino y hasta recibió entonces las primeras acusaciones sobre consumo de drogas.

- En junio de 1968 habían detenido a Juan Ortiz, un empleado del Banco Industrial de La Rioja que pretendía cobrar un giro sobre la sucursal de Córdoba por quince millones de pesos. En el sumario interno del banco, Ortiz declaró que lo asesoraba “el doctor Menem”. Unos meses después,

Marta Ocaño, una de las mujeres sindicadas como amantes de Menem en aquellos años, se peleó con él y declaró ante la delegación provincial de la Policía Federal —de acuerdo con un documento distribuido por la oposición a Menem en La Rioja— que “iban juntos al puerto de Buenos Aires a recibir drogas”. Estas acusaciones fueron desmentidas por Menem, y la forma en que se hicieron públicas, a través de papeles de prensa anónimos, hizo pensar que se trataba de una maniobra de los servicios de inteligencia provinciales.

- El 30 de enero de 1970, el Boletín Oficial anunció la creación de una Sociedad Financiera e Inmobiliaria integrada por Carlos Menem y Tomás Noriega. Las acusaciones indicaban que se trataba en realidad de un grupo de prestamistas. En un operativo antiusura del 18 de julio de 1971 allanaron el estudio de los Menem, secuestraron documentos probatorios y le quitaron la habilitación de la justicia. La “Comisión Antiusura” que hacía las denuncias estaba integrada, entre otros, por el diario *El Independiente* y el obispo Angelelli. Precisamente el Obispo, que llamaba a La Rioja “la capital de la usura”, había organizado en los últimos meses una serie de marchas de protesta por el tema. Todas las movilizaciones fueron disueltas por orden del ministro de Gobierno, Eduardo Menem. Los rumores en La Rioja señalaban, en realidad, que el “jefe” de la usura en la provincia era Saúl Menehem.

- El 9 de octubre y el 26 de noviembre de 1971, el Centro de Empleados de Comercio de La Rioja denunció, en dos solicitudes publicadas en *El Independiente*, a los hermanos Menem como “negreros” por la forma en que se manejaban con los casos que llegaban a su estudio, y los acusó de “trata de jubilados”. En una investigación de *El Independiente* se descubrió y se probó que Picho Vargas, un socio del estudio, se presentaba como gestor de jubilados pero en realidad cobraba sus sueldos y nunca se los entregaba.

- El 17 de abril de 1972 el Sindicato de Obreros Mineros acusó a Menem de “silenciar” los vejámenes que sufrían los trabajadores y denunció que los expedientes iniciados por infracciones laborales aparecían “extraviados” en su escritorio. Menem amparaba en esos días a Arturo Grimaux, un viejo y reconocido militante peronista de tradición de lucha durante la resistencia peronista, pero que comenzó a ser cuestionado desde que asumió como director del Departamento de Trabajo de la intervención de Irribarren, y al que los sindicatos habían bautizado desde entonces como “el azote”.

Menem pasaba largas horas en el Casino. Por aquellos días, circulaban en La Rioja las fotocopias de los cheques sin fondo que canjeaba por las

fichas. En 1973, en medio de su campaña política de tinte progresista, acusó al titular del Casino, Tomás Álvarez Saavedra, candidato a diputado nacional por el lanussismo y dueño del diario *El Sol* —portavoz de los sectores más reaccionarios de la provincia—, de ser un “personaje nefasto para la provincia”. Unos meses después, ya en funciones, lo autorizó a que no actualizara el canon que debía pagar a la provincia por explotación del juego y le permitió que no construyera el Hotel Internacional a que estaba obligado según el convenio por el cual se le había adjudicado la concesión. En 1974 organizó un acto en el PJ local para agradecer la donación de dos escritorios y cuatro sillas y dedicó quince minutos de su discurso a elogiar a Álvarez Saavedra. Para entonces, Álvarez Saavedra ya tenía en sus manos todos los documentos que Menem había firmado durante esos años para saldar sus deudas de juego y que, luego de haber dado vueltas por todos los financistas de la provincia, habían sido puntillosamente guardados por el empresario, que estaba dispuesto a hacerlos jugar públicamente si lo presionaban.

El 11 de marzo de 1973 la marea incontenible del peronismo se impuso en todo el país. La Rioja no estuvo ausente. Angelelli había convocado desde el púlpito y sin eufemismos a votar por la fórmula Carlos Menem-Libardo Sánchez porque “el peronismo es el nombre argentino y moderno de la liberación”. El Frente Justicialista de Liberación ganó por casi el sesenta por ciento de los votos. Menem festejó paseándose en caravana por las calles céntricas acompañado de Vicente Leónides Saadi. “Los guerrilleros son ciudadanos que procuran la liberación del país por medios violentos. Yo les solicito a las formaciones especiales que durante el nuevo gobierno se llamen a sosiego, pero sin bajar la guardia”, dijo el gobernador electo apenas conocido el resultado final de los comicios.

El 25 de mayo se hizo cargo formalmente de su mandato ante la Legislatura, pero todo estaba preparado para una fiesta mayor. El 8 de junio asumió simbólicamente el mando de La Rioja en San Antonio, el pueblo en el que nació Juan Facundo Quiroga. Juró bajo una bandera con la leyenda “Organizarse para la toma del poder”. Primero habló Angelelli, después Bustos, después el vicepresidente Solano Lima y finalmente él. “En la sesión inaugural de la Legislatura provincial, con la presencia del gobernador Carlos Menem, legisladores de ambos partidos (justicialista y radical) y otras autoridades, el diputado Osvaldo Scartezzini, en nombre de la Juventud Peronista de La Rioja, solicitó y obtuvo un minuto de silencio en homenaje a Eva Perón y a los militan-

tes de las organizaciones FAR, FAP y Montoneros caídos en la lucha y sostuvo que las organizaciones armadas son la piedra fundamental y la garantía de este proceso”, narró una crónica de la época. Por su parte, Bustos sostuvo que “no por nada nuestras banderas tienen un fusil y una lanza cruzadas, porque el peronismo llevará a cabo una revolución que hará de la Argentina una patria socialista”. Solano Lima se espantó y retrucó: “O hacemos la reconstrucción en paz o el país arderá por los cuatro costados”.

Ya entonces Menem decía a cada uno lo que quería escuchar. En declaraciones a *El Descamisado*, órgano de difusión de la izquierda peronista, sostuvo que “el reaseguro del proceso no está solo en la juventud sino también en el accionar de la FAR y Montoneros”, y criticó a los “conservadores que llenan el gobierno nacional”. Mientras tanto, sus propias fuerzas de seguridad habían comenzado a cercar en La Rioja a los partidarios de Angelelli.

Ese mismo día comenzó la batalla más importante que recuerde La Rioja en las últimas décadas. Angelelli había acompañado la campaña electoral de Menem con un reclamo concreto: la entrega de las 124 hectáreas de la finca Azzalini a una cooperativa de trabajadores del pueblo. Los Azzalini habían decidido cerrar la finca por improductiva, y los trabajadores —casi todos los habitantes de Aminga— habían quedado desocupados. Se formó CODETRAL (Cooperativa de Trabajadores Amingueños Limitada), que reclamaba hacerse cargo de la explotación de la tierra si el estado la expropiaba por improductiva. Angelelli movilizó al pueblo detrás del proyecto, y las misas eran verdaderas manifestaciones en que marchaban a apoyar la iniciativa. Cuando el reclamo tomó dimensiones provinciales y las manifestaciones se convirtieron en multitudinarias, Menem se puso al frente de la reivindicación y convirtió la entrega de la tierra a los trabajadores en uno de los ejes de su campaña. La CGT de Julio Corzo lo apoyaba, y la Juventud Peronista movilizaba en su nombre. El diario más importante de la provincia, *El Independiente*, militaba junto a Angelelli y a favor del proyecto de colectivización. La Juventud Trabajadora Peronista de La Rioja reclamó la expropiación de la finca Azzalini “como avanzada de la construcción del socialismo en La Rioja” y apoyó “todas las experiencias similares elaboradas por el denominado Comando Tecnológico y que han sido incluidas dentro de los planes de gobierno de Menem”.

La movilización popular a favor del tema parecía indestructible. La oposición no atinaba a reaccionar. Amado Menem habló con su hermano,

el gobernador: quería saber exactamente hasta dónde llegaba su decisión de cumplir con el proyecto. Menem le anticipó que esperaría hasta último momento. “El que gana, gana”, le advirtió, haciendo gala de su pragmatismo. Amado se ocupó de organizar la oposición. Se llamaron “Defensores de la Fe”: intentaban no focalizar el enfrentamiento en la cuestión de Aminga, en la que tenían a todo el pueblo riojano en contra, sino extenderlo a una cuestión ideológica con el obispo, contando que así harían renacer el histórico espíritu conservador de los habitantes de la provincia. Amado Menem envió una carta al flamante cardenal de la Argentina, Raúl Primatesta, pidiéndole la remoción del obispo. Al frente de un grupo de vecinos del pueblo, Amado Menem y su mujer, Mirta Edith Coronel, echaron a pedradas a Angelelli de Anillaco. Unos días después marcharon hacia Aminga, donde la Cooperativa de Trabajadores había encabezado junto a la CGT y la Iglesia una jornada de trabajo solidario, y rompieron todo lo que encontraron a su paso.

Carlos Menem no estaba en La Rioja. Había viajado a Roma para acompañar, en su condición de gobernador, al charter que trajo de regreso a Juan Domingo Perón. Cuando volvió a su provincia aseguró que “la justicia castigará a los culpables, caiga quien caiga y cueste lo que cueste. El gobierno será inflexible”. Claro que no mencionó a su hermano Amado ni a su cuñada Mirta. Unos días después de asumir, Menem había enviado el proyecto que decretaba la expropiación a la Legislatura. Durante la primera quincena de agosto se sucedieron las manifestaciones encabezadas por Angelelli y Corzo reclamando que se aprobara, y por Amado y Esteban Yáñez pidiendo que se dejara sin efecto. El 22 de agosto la Legislatura aprobó la expropiación de Azzaolini, pero para su parcelamiento y venta. Nada para CODETRAL. Un grupo de disidentes del justicialismo había votado junto a los radicales logrando parar el proyecto. La JP, el peronismo liderado por Délfor Brizuela, presidente del bloque de diputados, y la Iglesia le reclamaban a Menem que vetara la ley. Menem convocó a un acto en Anillaco: “No tengo vergüenza en decir aquí que el gobernador ha perdido. Pero ha ganado el pueblo. Porque los legisladores son sus legítimos representantes y la mayoría se ha pronunciado. No me temblará el pulso para firmar la decisión de los señores legisladores”.

Fue el fin del noviazgo de Menem con la izquierda. Angelelli estaba convencido de que el gobernador había impulsado a los legisladores disidentes después de acordar con su hermano Amado, y de que su discurso era solo un intento de no pagar los costos. La campaña proselitista para las elecciones del 23 de setiembre fue casi lúgubre. Todos presentían lo que

iba a suceder: en la vecina Catamarca de los Saadi habían comenzado a operar las bandas armadas que fueron el prólogo de la Triple A. Menem se preocupaba más por sus contactos con Buenos Aires que por el gobierno de La Rioja. A fin de año viajó para participar de una reunión de gobernadores árabes. Soñaba con una proyección nacional, pero la presencia del general Juan Perón lo inhibía: “Este muchacho... qué pintoresco...” era todo lo que le había escuchado decir de él.

Planificó un golpe de efecto. Iba a cruzar la cordillera y llegar a Chile para demostrar la necesidad de un paso fronterizo. Se sentía Facundo Quiroga, pero, además, necesitaba tener espacio en los medios nacionales y por el momento no había otro modo de conseguirlo. Él no participaba de los grandes debates políticos que se estaban concretando en la capital nacional. El martes 8 de enero partió, a caballo, junto a un grupo de doce funcionarios que se arriesgaron a seguirlo. Con poncho para contrarrestar el frío de las altas cumbres, y dos baquianos para guiarlos, llegaron hasta Copiapó, en el lado chileno. El objetivo estaba conseguido, pero Menem ya se había entusiasmado y quería más: decidió que también regresaría a caballo. Esta vez era para probarse a sí mismo que podría hacerlo. Cuando llegó a La Rioja estaba feliz. Fetichista, se había juramentado que si lograba volver como había ido sería presidente de la Nación.

Carmelo Díaz, el comprovinciano que le había abierto las puertas al peronismo cuando le presentó a Alejandro Leloir, se convirtió en su operador político en la Capital Federal. Estaba al frente de la Casa de La Rioja y desde allí se dedicaba a intentar que Menem apareciera, de cualquier forma, en los medios de comunicación. Díaz se siente uno de los inventores de la dimensión nacional de Menem, y él mismo relató así cómo hacía para que su jefe político apareciera en los diarios porteños:

“Menem llegaba un martes a las 11 de la mañana desde La Rioja. El viernes me reuní en la Unidad Básica con mi gente y les dije que agotaran los recursos para llevar algo de gente, de cualquier manera, al Aeroparque. Yo me dediqué a recorrer los diarios, las radios y la televisión. Iba a ver a algunos periodistas amigos y les decía que tenía una primicia, que no podía decirles de qué se trataba pero que fueran el martes a las 11 a aeroparque. Los amenazaba diciéndoles que me avisaran si no iban, porque era una exclusiva y, si ellos no iban, se la pasaría a otro medio. En aquella época los periodistas creían en estas cosas. Cuando llego al aeropuerto me encuentro con unas cien personas de la Unidad Básica y los periodistas de los medios. Entonces le dije

al Negro Tiburón: ‘Cuando yo me acerco al avión y levanto la mano, ustedes empiezan a cantar’.

”Y así fue. Bajamos y ellos empezaron a cantar ‘Carlitos, Carlitos’. Y como había gente que había ido a despedir a algunos, y a recibir a otros, parecíamos más. Entonces lo llevé a Carlos al salón VIP y lo acomodé y llamé a los medios.

”‘La primicia es que acá está el gobernador más joven del país’, les dije. Me acuerdo que me daba mucha vergüenza, pero todo salió bien”.

Cualquier arma valía para hacerse conocer. Ese mismo día almorzó en el restaurante “Arturito”, y terminó firmando autógrafos a los mozos. Por la noche festejaron en la pizzería “La Antártida” el desembarco del menemismo en la Capital Federal.

No volvió durante varios meses. Recién el 3 de julio salió nuevamente desde La Rioja hacia Buenos Aires. El 4 de julio de 1974 despidió los restos de Juan Domingo Perón como el gobernador más joven del país. El presidente había muerto el 1º de julio dejando un vacío político que desencadenaría la crisis más violenta del peronismo, quizá el comienzo de su propia extinción y el inicio del posperonismo. El “peronismo sin Perón” que habían soñado los vanderistas en los sesenta era mucho más difícil de alcanzar de lo que ellos pensaban.

Menem comenzó a virar lentamente. Cambió hombres en su gabinete, se alejó de *El Independiente*, el combativo diario de su provincia que lo había apoyado y ahora profundizaba sus críticas hacia la represión que comenzaba a instalarse. No se veía ya con el obispo Angelelli, demasiado ocupado, por otra parte, en proteger a los militantes y amigos que comenzaban a ser perseguidos por la fracción local de la Triple A.³

Los hombres de López Rega llegaron a la provincia con tres objetivos: terminar con los dirigentes ligados a los Montoneros en la gobernación, cerrar *El Independiente* y alejar a monseñor Angelelli de su cargo. Menem negoció. No quería la intervención federal y prefirió entregar lo que podía. Corrió a algunos funcionarios de sus puestos y en la misma noche llamó a Angelelli para avisarle que se cuidara de la futura represión, y a Guillermo Alfieri, el secretario de redacción del diario.

—Chango, voy a clausurar el diario.

3 Angelelli murió en un supuesto accidente automovilístico el 4 de agosto de 1976, cuando viajaba desde El Chamental a La Rioja. Había ido a presidir el entierro de Carlos Murias y Gabriel Longeville, dos sacerdotes asesinados por la dictadura militar por su trabajo en una cooperativa agraria. La justicia declararía siete años después que el obispo había sido asesinado.

Alfieri no podía creer que le estuviera avisando por teléfono de la traición. Menem no recordaba quizá en ese momento, o tal vez nunca lo conoció, un episodio protagonizado por su ancestro Boabdil, el último rey moro de la Alhambra. Unas noches antes del ataque cristiano sobre el fuerte, el rey Fernando le envió una carta avisándole que iba a romper el pacto que habían firmado. El rey cristiano terminó su carta con una peculiar sentencia: “Quedo libre de los compromisos que habíamos contraído. El que avisa no es traidor”.

ISABELITA

En los meses previos al golpe del 24 de marzo de 1976, la derechización del gobierno de La Rioja crecía a la par que las acusaciones desde Buenos Aires por la supuesta filiación montonera de Carlos Menem. El partido provincial fue tomado por los hombres de José López Rega. Un dirigente ligado a los comandos de “El Brujo”, Octavio Agustín Ríos, fue enviado como interventor al partido. ¿Menem mostraba su verdadera condición ideológica o respondía a su propio instinto de supervivencia? Angelelli intentaba justificarlo diciendo que el gobernador ni siquiera era un fascista convencido: solo era cobarde —explicaba—, y esa no era una elección, formaba parte de su condición humana.

Menem intentaba acercarse a la presidente Isabel Perón improvisando un discurso de unidad en el peronismo: era necesario verticalizarse detrás de la viuda como la única manera de salvar al movimiento. Los riojanos comenzaron a desconfiar. Ya no creían en los líderes que, como Angelelli, les ofrecían una vida mejor, pero a cambio de sacrificios, participación y, ahora, desde la muerte del general Perón, les advertían que debían afrontar una pelea, dura y continua, incluso contra escuadrones de la muerte. Pero tampoco querían saber nada de este nuevo acercamiento con Buenos Aires, a pesar de que Menem intentaba disimularlo hablando cada vez que tenía oportunidad del origen riojano de Isabelita. El gobernador pensaba en su proyección nacional. Comenzó a reclamar el adelantamiento de las elecciones presidenciales, previstas para 1979, y se ofreció para el segundo lugar de la fórmula. Estaba convencido de que, por su sola condición de mujer, Isabelita era débil y aceptaría la fortaleza de un hombre a su lado. Menem tuvo que soportar hasta escenas de celos de Zulema por estas manifestaciones, pero es cierto también que la ambición de su esposa era tan grande como la propia, y ella aprendió a disimular los conflictos matrimoniales durante

estos años en que su marido comenzó a pensar en la Presidencia de la Nación.

Planificó todo cuidadosamente. Estaría junto a Isabelita en una fecha particular. Menem estaba convencido de que el 8 de octubre de 1974 era importante para la viuda del General porque era el primer cumpleaños de su marido luego de su muerte. Una mujer, se decía, sufre estas cosas. Lo que no sabía la presidente es que era importante para Menem porque hacía veinte años que había conocido a Juan Domingo Perón en Puerta de Hierro, y que quería festejarlo. Sobre todo ahora que creía que había llegado su hora.

Menem invitó a Isabel a La Rioja. Cuidó todos los detalles. Del aeropuerto fueron directamente a la casa en que ella había nacido, para que se emocionara y para que los riojanos no la sintieran tan distante. Pero no era fácil: José López Rega no se separaba de su lado. Menem demostró en su discurso que estaba lejos de las acusaciones que le hacían por montonero. “A este pueblo le duele cuando alguno de los criminales de turno mata a algunos de nuestros hermanos que militan en las Fuerzas Armadas”, aclaró. Y reivindicó el accionar de la policía provincial cuyos miembros, dijo, “no reprimen al pueblo sino que defienden su seguridad y sus bienes”.

Antes de terminar su discurso, sintió que había llegado el momento. Pidió elecciones para 1977 y la reelección de Isabel. No mencionó nada sobre sus propias aspiraciones, pero eran obvias. López Rega se sintió triunfador cuando vio al supuesto montonero preocupándose por quedar bien con él y con los jefes militares, pero no le gustó el final. Lo intuyó tan ambicioso como él, y tan inescrupuloso.

A partir de ese viaje, Menem comenzó a hacerse amigo personal de los hermanos de Isabel, fundamentalmente de su hermana Araceli. Viajó a Buenos Aires para su cumpleaños y se hablaban por teléfono periódicamente. Araceli era una de las personas que se encontraba más cerca de Isabel en ese momento.

Menem se quedó sin ningún apoyo político en la provincia. Había abandonado a su suerte a los militantes de la Juventud Peronista y a los grupos cristianos revolucionarios que lo habían apoyado. No solo no los protegía: los repudiaba públicamente, dando carta blanca a la represión. No ignoraba que la Triple A había sentado sus reales en la Catamarca de Vicente Saadi, ni que la base aérea de El Chamental —a cargo de los vicecomodoros Lázaro Antonio y Luis Fernando Estrella— era uno de los centros de operaciones del aparato militar represor en el Noroeste. Pero

él flirteaba con los militares, preocupado solo por su seguridad personal y la de su familia.

El gobernador estaba también enfrentado con los dos senadores nacionales de La Rioja. Jorge Herrera lo impugnaba desde la izquierda, acusándolo por haber lanzado su candidatura presidencial pensando solo en su salvación individual y abandonando a quienes lo habían llevado a la gobernación. Rubén Blanco criticaba su filiación con el “neoperonismo” en los sesenta y, desde la derecha, lo acusaba por su “inmoralidad”.

Aislados por buena parte del mundo político riojano, los dos hombres de mayor confianza del gobernador no eran de su provincia: el mendocino Eduardo Bauzá, a cargo del Instituto de Colonización, y el cordobés Alberto Kohan, en la Dirección de Aguas Subterráneas. Los dos puestos eran claves. La tierra y el agua eran el centro de la problemática riojana, y los planes más ambiciosos y las inversiones más importantes se dirigían a intentar resolverlos.

Bauzá había llegado desde Mendoza, donde compartía con su padre la dirección de una fábrica de fideos a granel. Se había acercado muy joven a las filas del humanismo místico de Lanza del Vasto, un filósofo siciliano creador de una organización pacifista mundial a la que bautizó “Amigos del Arca”. Con él había hecho votos de pobreza y veracidad, y por él se había dedicado a estudiar filosofía. En 1973 ese arranque juvenil ya había quedado atrás. Bauzá estaba entusiasmado con un proyecto de propiedad mixta de tierras que quería implementar en Mendoza, pero no tenía ningún contacto con el gobierno de su provincia. Un amigo de su padre, el empresario Juan Podestá, le sugirió que fuera a ver al gobernador riojano, que estaba buscando soluciones para el tema en su provincia. Bauzá llegó a La Rioja de la mano de Podestá y fue nombrado interventor del Instituto de Colonización.

Kohan recorrió un camino similar. Se recibió de geólogo en la Universidad de Córdoba y fue llevado a La Rioja por su amigo Raúl Caniggia, que encabezaba la Dirección de Aguas Subterráneas. El peronismo no había logrado atraparlo, ni siquiera en medio de la marea que cubría en aquel entonces la combativa Universidad de Córdoba. En 1973, cuando Ricardo Obregón Cano y Atilio López encabezaban las listas del Frente Justicialista en Córdoba, Kohan militó en un partido vecinal llamado Acción Comunal.

Bauzá y Kohan se involucraron rápidamente en la vida riojana. Se convirtieron en amigos inseparables de Menem, junto a Bernabé Arnaudo, Julio Corzo y Raúl Granillo Ocampo, un abogado con aires distinguidos que había heredado el lugar del gobernador en el estudio Cámara Gordillo.

Granillo Ocampo era desde 1968 abogado del Banco Hipotecario de La Rioja. En 1971, la Comisión contra la usura presidida por Angelelli lo denunció como protagonista de una estafa contra el Banco: lo acusaban de comprar terrenos fiscales mediante un testaferro, Enrique Coutzier, y adquirirlos luego en nombre del Banco y con sobreprecio.

A medida que avanzaba el desgaste del gobierno, el grupo era el único sustento —personal más que político— de Menem en La Rioja, y el gobernador los defendía aun frente a lo indefendible. Una de esas oportunidades llegó cuando Bauzá fue detenido por orden de un juez: se había comprobado que en la colonia frutihortícola de la capital riojana, que él dirigía, las tierras se regaban con aguas cloacales. Los trabajadores señalaron que tenían orden de Bauzá o de Kohan. Menem no hizo distinción y se hizo cargo de la defensa de los dos.

El Independiente denunció luego a Bauzá por la contratación de una empresa mendocina (CONSERSA) para la construcción de una defensa en Bañado de los Pantanos, una población desértica que cíclicamente soporta inundaciones como consecuencia de los deshielos. Según el diario, la obra nunca se hizo, pero en cambio Bauzá cobró a nombre de la empresa los cheques por el importe total del contrato. Con el tiempo, se comprobaría también que CONSERSA era una empresa fantasma. Las acusaciones alcanzaban también a Kohan: había comprado a bajo precio buena parte de las minas de oro de Famatina y se había asociado con un joven y promisorio empresario, Omar Fassi Lavalle.

Dispuesto a conseguir fondos y contactos para su campaña presidencial, Menem inició también en ese año sus relaciones internacionales. Un militante de Guardia de Hierro, Héctor Basualdo, se convirtió en el nexos con los grupos fundamentalistas árabes y latinoamericanos: el líder de la Organización para la Liberación de Palestina, Yasser Arafat, en el primer caso, y el todavía ignoto panameño Manuel Noriega en el segundo. Basualdo llegó a Arafat a través de Jorge Antonio, quien gestionó un préstamo de diez millones de dólares de la OLP para el gobierno riojano. El crédito nunca llegó porque cuando debía efectivizarse —en diciembre de 1975— el entonces ministro de Economía, Antonio Cafiero, negó la garantía de la Nación para que el dinero ingresara al país.

Menem también intentó suerte con el gobierno militar de Paraguay, encabezado por el dictador Alfredo Stroessner. El contacto en este caso llegó por dos vías: su vecino Vicente Saadi y el entonces secretario de Prensa de José López Rega, Juan Carlos Rousselot. La Rioja y Paraguay

comenzaron un peculiar intercambio comercial y de gestos de amistad recíprocos que culminó el 21 de febrero de 1975 cuando Menem le devolvió al gobierno paraguayo los muebles franceses que habían pertenecido al mariscal Francisco Solano López, cumpliendo un encargo “oficial” de la presidente Isabel Perón. Menem sacaba doble provecho de la situación: a cambio de unos sillones que solo ocupaban lugar en el Salón Blanco de la gobernación riojana, lograba hacer un gesto simpático hacia Isabel y conocer personalmente a Stroessner.

La historia de los muebles data de la época de la Guerra de la Triple Alianza. El mariscal López los había encargado a Francia, dispuesto a engalanar al máximo el palacio que pensaba ocupar junto al río para vivir con su amante, madame Lynch. Pero en el tránsito entre la aduana de Buenos Aires y Asunción el gobierno argentino los confiscó, y los sillones quedaron depositados en un galpón fiscal porteño. Allí los descubrió veinte años después el riojano Joaquín V. González, quien se los llevó a su provincia.

Menem sentía que emulaba a Juan Domingo Perón, que había devuelto personalmente a Stroessner los trofeos, armas e insignias de la Guerra de la Triple Alianza. El gobernador riojano exaltó a más no poder la figura de Stroessner, y le pidió que lo acompañara a Cerro Corá, donde depositaron una ofrenda floral en homenaje a Solano López.

Quizá fue precisamente el viaje a Paraguay el que terminó de marcar para los riojanos el giro definitivo de Menem y su alejamiento de las posiciones progresistas que había intentado mantener. Menem ya no disimulaba. Se abrazaba con Stroessner como se había abrazado con Angelelli, y defendía su nueva posición con la misma vehemencia con que había defendido la contraria un año atrás. En vez de *El Descamisado* de los Montoneros, el órgano de difusión de su pensamiento pasó a ser *El Caudillo*, la revista que respondía a José López Rega.

En su edición de febrero de 1975, *El Caudillo* relató el viaje de Menem al Paraguay y entrevistó al gobernador.

“Carlos Menem dialogó extensamente con el presidente del Paraguay, General Alfredo Stroessner, sentados ambos en los sillones del mariscal Solano López que fueron devueltos por el pueblo riojano.

”Por esto el joven gobernador de La Rioja se ganó el cariño y la amistad de todo un pueblo, por su encendido nacionalismo auténtico, porque se juega, porque es un ejemplo para muchos que dialogan con los traidores por gustarles más el cargo o por traidores, ya que son cómplices del liberalismo o del marxismo.

"En la oportunidad, tuvimos ocasión de dialogar brevemente con el compañero Menem. Las preguntas más salientes son las que a continuación detallamos:

"—*¿Cree usted que el revisionismo histórico es un hecho en la Argentina?*

"—El revisionismo histórico en mi país ya es un hecho. Dios es justo.

"—*¿Qué opina de la participación del Ejército en la lucha antiguerrillera?*

"—En particular estoy profundamente de acuerdo. La participación de las fuerzas armadas es un hecho que no podía demorarse. Además, los comandantes de las fuerzas conjuntas y de seguridad están haciendo Patria con mayúsculas.

"—*¿Qué opina del desabastecimiento?*

"—Es otra clase de guerrilla, tan nefasta como el marxismo, pero guerrilla al fin, porque va en contra de lo más sagrado que tenemos: el pueblo y la Patria.

"—*¿Qué mensaje le daría usted a la juventud argentina y paraguaya?*

"—Que se unan en el nacionalismo eterno, para que el año 2000 nos encuentre unidos y no dominados".

Pese a lo complicado de la situación política nacional y provincial, Menem no se privó de veranear ese año, 1975, en Mar del Plata. Se mostró en los espectáculos, en las peleas de boxeo, en los partidos de fútbol. En las revistas de la farándula pedía que las elecciones se adelantaran para 1976 y reclamaba que se proclamara la fórmula Isabel Perón-Carlos Menem. Cantaba loas al ejército por su conducción de la lucha antisubversiva. Reclamaba la peronización del gobierno de las provincias y la expulsión de los infiltrados: un boomerang de las acusaciones que recibía en su provincia. La "guerrilla" comenzó a ser para él un invento de los comunistas que querían infiltrarse en el país. Tímidamente, respondiendo a invitaciones de dirigentes menores, comenzó a recorrer el país hablando en pequeños pueblos, dando conferencias o visitando sedes partidarias. Recorría las provincias pidiendo la reelección de Isabelita. Presidió un acto en San Martín, provincia de Buenos Aires, invitado por un amigo, el abogado Hugo Grimberg, que había llegado a La Rioja y rápidamente fue nombrado en el Tribunal Superior de Justicia de la provincia. Era ya Carlos Menem. Tenía patillas, piloteaba aviones, jugaba al fútbol y al básquet; dejaba una reunión de gabinete provincial por ir a mirar una pelea por televisión.

Cuando ya habitaba la Casa Rosada, en 1989, Menem recordaría ese año, 1975, como el momento del primer lanzamiento de su candidatura a la Presidencia de la Nación. El 28 de junio de 1975 Menem había sido invitado a hablar en un acto en el local de la Unión Tranviarios Automotor de Rosario. Lo organizaba el Instituto Facundo Quiroga y el gobernador debía dar una conferencia sobre “El ser nacional”. Cuando terminó su discurso, plagado de convocatorias a terminar con los yanquis y los marxistas por igual y a defenderse de los dos imperialismos, alguien gritó “Menem presidente”. Y su candidatura tuvo el tono de su giro a la derecha.

En Buenos Aires nadie daba demasiado crédito a ese gobernador que de repente intentaba convertirse en un numen de la política nacional. Es cierto que la crisis política del gobierno era tan grande que cualquiera podía tener ocasión de llegar a los primeros planos. Menem era bienvenido por Lorenzo Miguel y el almirante Emilio Eduardo Massera cuando esgrimía sus posturas a favor del alejamiento de López Rega, pero desconfiaban de él cuando intuían que detrás de sus llamados a las elecciones para 1976 y la reelección de Isabel se hallaba su intención de ocupar el segundo lugar de la fórmula. Menem no disimulaba: contrató al publicista David Ratto para que se hiciera cargo de su campaña.

A pesar de los conflictos en el matrimonio, Carlos y Zulema decidieron pasar las fiestas en paz. La confusión política era demasiado grande y la familia debía estar unida. Si todo salía como Carlos pensaba, en un año estarían viviendo en Buenos Aires. Dudaron durante algunas semanas acerca de dónde pasar la Navidad, hasta que un llamado telefónico despejó las dudas: el número dos de Catamarca, Ramoncito Saadi, nacido en Mar del Plata y criado en Buenos Aires, estaba organizando una de sus espectaculares fiestas en la residencia de Las Pirquitas, y su esposa, Pilar Kent, los invitaba a participar. Hacía allí marcharon el 24 de diciembre de 1975 a las nueve de la noche. Las botellas de champaña llenaban la piscina. Los lechones asados quedaban tirados sobre el parque y los perros corrían a comerlos. Luces, petardos, música, brindis. En el brindis de la medianoche, Carlos Menem se paró sobre la mesa y pidió un minuto de silencio. “Brindo por mí, el vicepresidente de la Nación”, dijo, dio vuelta la copa sobre su cabeza y rió a carcajadas mientras el champaña le mojaba las patillas y se mezclaba con la transpiración de su rostro.